

# El papel de los personajes de papel

Aline Pettersson

*Aline Pettersson se atreve a tocar los mitos griegos con su pluma, a rozarlos y a demostrar su vigencia. Autora de El papalote y el papel, Renata y su gato, entre otros, reúne prosa y poesía en una reflexión en la que Clitemnestra, Andrómaca, Casandra, Hécuba, madres, hijas, hermanas escriben con sus actos el mito eterno que pervive en nuestra cultura occidental.*

*Para Rocío Carretero*

¿Qué tienen los mitos a los que volvemos vez a vez? Carecen de respuestas, pero acogen las preguntas que todos nos hacemos. Y, así, pese a la violencia grande de muchos de los relatos, de una forma o de la otra, nos identificamos con el sustrato que bulle por debajo de ellos. Así ha sido a lo largo del tiempo, en este caso en la cultura occidental. Claro que mitos hay en todas las culturas, pero soy ignorante, y por eso incapaz de hablar de ellos, aunque sé también que los mitos en el fondo cantarán de lo mismo, acaso apenas recubiertos por otros ropajes.

Y es que en los mitos se abordan nuestras pasiones, nuestras relaciones, nuestros anhelos y terrores. En lo privado y en lo público, porque finalmente una cosa conduce a la otra sin remedio.

Llevo años asomándome a algunos personajes que me tocan los pliegues ocultos del alma. Que me inducen

a examinar las oscuridades que nos conforman, y que, en este caso, giran alrededor de la Guerra de Troya. El primero que me ha dado mucho en qué pensar es Clitemnestra, la esposa asesina del rey aqueo Agamenón. Paris, hijo de Príamo, rey de Troya, rapta a Helena, hermana de Clitemnestra, y casada con Menelao, hermano de Agamenón. Será este acto la causa de aquella guerra.

A Clitemnestra se le conoce como la mujer cruel que mata a su marido. Y el crimen resulta ser tan grande y grave que su propio hijo Orestes, al exhorto de su hermana Electra, acabará con su vida. Sí, Clitemnestra princesa de Esparta, reina de Argos, es vista como un personaje siniestro.

Sin embargo, y a sabiendas de que mi reflexión desborda las intenciones del relato original, yo propongo explorar lo que antecede a este crimen. Se trata de una

mujer a quien Agamenón toma por la fuerza matando a su primer esposo, Tántalo, rey de Pisa, y a su recién nacido hijo que el propio Agamenón le arrebata de los pechos que lo amamantan. Después vendrá el sacrificio de Ifigenia, la primogénita aquea, hija de Clitemnestra y de su real captor y marido. Esto me hace pensar que ella (si se le conceden rasgos humanos) distaba mucho de albergar sentimientos entrañables para con el hombre que había asesinado o sacrificado a sus primeros dos hijos.

Y transportados a tiempos actuales, sabemos, estrechados, del horror de padres de hoy que son capaces de vender a su hija sin miramientos. O de ceder como carne de cañón a su hijo condenando a ambos desde la niñez a una suerte infame o a la misma muerte. Y sabemos de madres que lloran su impotencia para evitarlo. La miseria suele arrogarse los motivos, que hasta pudieran llamarse razones de Estado, del Estado que no vela bien por el bien de su pueblo. No ignoro que el asunto es complejo, sin embargo sólo digo que los hijos han sido y son vistos tantas veces como mercancía de intercambio o venta por escasas o muchas monedas.

Tal vez algo han cambiado los puntos de vista desde milenios pretéritos hasta nuestros días, aunque los atropellos prosigan. Pero, ¿cómo hacer a un lado el aspecto materno y su impotencia para defender al fruto de su vientre? ¿Razones de Estado? Entonces, como ahora, la trascendencia primera era, es, a través de los hijos, de la estirpe. ¿Por qué no hay un ápice de piedad para con el dolor de la madre? ¿Por qué se le condena con tal rigor? ¿Por qué no hay sitio para la otra cara de esa historia? Aunque, finalmente, el poder acaba corrompiendo todas las relaciones humanas que toca envenenando los lazos de familia. El afán de poder a la larga borra otras consideraciones, si éstas ya habían sido vulneradas antes. En su tragedia, Eurípides dispensa un cierto tono contrito frente a la muerte que aguarda a la núbil Ifigenia y la impotencia de su madre que se rebela ante el cruel sino.

No obstante, más allá de lo narrado en *Ifigenia en Aulis* y también en *Tauris*, el punto de vista del drama griego en Esquilo, Sófocles y Eurípides hace hincapié en el crimen necesario en contra de Clitemnestra. La poderosa reina Clitemnestra debe ser aniquilada sin piedad por sus otros hijos. Es la ley del padre, la causa de la madre no es tomada en cuenta en la visión filial. Peor antes ya había sido destruida su mirada materna, mas no su vigor sangriento. Ése es su sino, y ésta, mi modesta versión sobre el otro lado del mito que viriliza las acciones de Clitemnestra que como esposa y madre no pudo evitar:

#### RAZONES DE CLITEMNESTRA

Mi mano aún  
empuña el hacha justiciera  
que vengó la sangre de mi sangre.



Maenad y Silenos bailando, Etruria, 500 a.C.



Nike, sur de Italia, 500-480 a.C.

Al destino no temo.

Y si mi propia sangre en sus aras se derrama,  
ya antes se esparció  
por la semilla  
que, alevoso, Agamenón  
plantó en mi vientre.

¡Oh cruel padre de la sumisa Ifigenia! que con pérfidos  
engaños inmolaste.

Infeliz doncella privada de himeneo  
por la lujuria insaciable de mi hermana Helena.  
Allá ella y el atrida Paris,  
pero, ¿y tú, Agamenón, bárbaro padre  
de firmísimo pulso y corrompidas promesas  
que el viento se llevó  
inflamando  
el velamen odioso de las naves?

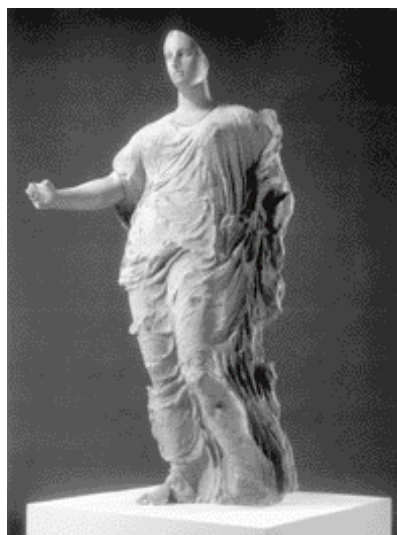
El poder está  
en manos de los hombres  
y como hombre descargué  
mi odio  
en tu garganta.

El calor negro de tu sangre  
que salpica mi peplo,  
enardeció mis venas.  
Ahoga tu crueldad el agua,  
que ahogue mis remordimientos.

Esparta me forjó  
con reciedumbre,  
no hay sitio para voces plañideras



Melpomene, Turquía, 200 d.C.



Diosa, Sur de Italia, 425-400 a.C.

que buscan consuelo en las palabras.  
La dureza de tu mano en nuestra hija  
será la mía  
para vengar su virginal sangre ofrendada.

¿Pues cómo, Agamenón, creer pudiste  
que los hados borrarán de mi doliente corazón  
tu crimen?  
Nefando el destino de mi alcurnia  
que desconoce los amorosos vínculos  
para unirse tan sólo en la venganza.  
Bóreas las escuadras pulveriza  
arrojando las naves a las peñas  
en su exterminio.

El odio se ha instalado en nuestra casa  
y penetra uno a uno los dinteles.  
Electra, aborrecida, lanza dardos de fuego con la  
lengua.  
Ya es tarde y yo asumo  
la torpeza de no haberla retirado del camino  
que me hizo cercenar tu cuello infame.

No existe la concordia, ni la imploro.  
Sí, ambicioso, tu puño  
hendió a la cierva,  
el mío a la serpiente descoyunta.  
Si tu triunfo, Agamenón, se eleva sobre  
la pira humeante de tu hija  
y los aqueos ensalzan tu conducta,  
no soy yo quien tema el juicio de la historia.

Me sentaré en tu trono  
y caiga sobre mí  
la ira de los dioses.

La vida del género humano se verá siempre atravesada por circunstancias que, de apoyarse en aquellos personajes de la tragedia, encontrará en ellos una explicación que la refleje aunque de manera sesgada en el tiempo y el espacio. Un espejo acaso empañado por la cantidad grande de centurias, de milenios, transcurridos. Así, nuestras preguntas, nuestra indefensión, acaban por envolverse en las palabras de quienes ya se ocuparon de ello.

Andrómaca, la esposa de Héctor, tiene en *La Iliada* un diálogo amoroso con su marido, antes de la muerte del enemigo Patroclo, el guerrero amado por Aquiles. El texto homérico se detiene en un momento íntimo de los esposos, y dice ella: “Preferible será que, al perderme, la tierra me tragara, porque si mueres, no habrá consuelo para mí”. Serán —creo— estos instantes en los bordes de la Guerra de Troya los que acercan su lectura a nuestros ojos.

Andrómaca, en *La Iliada*, teme por la vida de Héctor y por el incierto futuro de ella y de su pequeño hijo Astianax. Finalmente, Patroclo es muerto a manos de Héctor, el valiente hijo de Príamo. Aquiles enloquece de dolor y jura matarlo y ejercer la venganza más cruel a la que pueda someterse a un guerrero: la negación de los ritos funerarios y de la sepultura. El cadáver de Héctor es arrastrado por los caballos aqueos al otro lado de la muralla de Troya, mientras su padre y su viuda, impotentes, contemplan la afrenta.

Los despojos del guerrero troyano son devueltos al cabo de doce días para ser desagraviados con el rito funerario que le permita, a Héctor, cruzar el Río de la Muerte hasta hallar sosiego en el reino subterráneo de Hades. Pero a Andrómaca todavía le espera la horrenda muerte de su pequeño hijo, estrellado con furia contra las rocas por Neptolemo, hijo de Aquiles, a quien ella es asignada como esclava del botín de guerra. Por otra parte, Polixena, la joven hermana de Héctor, será sacrificada frente a la tumba de Aquiles, quien pierde la vida poco después, en una venganza fraguada por Odiseo (Ulises), y esta acción sí es considerada justa.

Hoy bajo la sombra siniestra de la guerra que se despliega en las noticias, en las imágenes sangrientas que han recorrido el mundo con su infamia, al ver a las madres con los restos mortales de sus hijos entre los brazos, esos rostros dolientes le otorgan un rostro a Andrómaca tan duramente castigada. Y es que al lado de las hazañas bélicas (en el caso de hoy nada gallardas) se desarrollan historias paralelas que nos permiten acercarnos a la pena enorme de sus víctimas sin nombre para nosotros. Será el de Andrómaca —sin rostro para nosotros— el nombre que las acoja en su anonimato. Y con Andrómaca son —han sido— infinidad de mujeres despojadas de la carne de su carne.

Susan Sontag en su libro *Ante el dolor de los demás* reflexiona sobre el impacto de la imagen y la mórbida

contemplación de los horrores a los que son sujetos los seres humanos:

¿Hay un antídoto a la perenne seducción de la guerra? ¿Y es más posible que esta pregunta se la formule una mujer que un hombre?

(Probablemente sí.)

Susan Sontag, tan contestataria, luchó con sus palabras vigorosas y valientes en contra de los abusos que le tocaban presenciar. Yo, desde mi orilla, quise asomarme a esa parte íntima de una mujer, Andrómaca, golpeada por el peso de razones para las que ella no tenía más escudo que sus lágrimas:

#### DUELO DE ANDRÓMACA

Mis oídos se estremecen  
al doliente gemido de las piedras.  
Ya se acerca el carruaje,  
ya se acerca.  
Las entrañas de la tierra no conocen  
el oro que la dicha me pagara  
de apoyar tu cabeza en mi regazo,  
de ungir tu cuerpo con aceites,  
de lavar con mi llanto tus heridas.  
¡Oh Héctor!, desdichado esposo mío.  
Pero más desdichada es Andrómaca,  
tu viuda, inocente hilandera  
de la púrpura,  
ceñidor que será de tus despojos.

Se acrecienta la culpa  
que me hizo incapaz de custodiarte.  
La cinta de mis brazos tan endeble,  
como endeble los muros  
de tu patria.

Ya se acerca el carruaje y yo agonizo.  
¡Ay de mí!, víctima del amor,  
mas no del nuestro,  
que arrancó tu dulzura de mis labios  
marchitando mis carnes.  
Huérfano el tálamo  
que tu presencia viril enardecía.  
¿No recuerdas el llanto primero de tu hijo?  
Pero, ¿qué imploro?  
Las razones de Estado no se miden  
con débiles razones de mujeres.

Ya se acerca el carruaje,  
ya se acerca.  
Doce cuentas mis dedos han pasado,

doce días, ¡oh Héctor!, que te espero.

Astianax a mi vera guarecido,  
su infantil balbuceo se quebranta  
en la muralla, reo es del infortunio.  
Dime, esposo, si acaso embravecida la jauría  
respetó el sagrado recinto de tus huesos.

Mi dolor es más grande que mi lengua  
para expresar mi congoja.  
¿Qué será de ese fruto de tu daga  
floreceda en la noche de mi carne  
mientras la tuya su sepulcro anhela?  
¿Qué será de mí ¡oh desdichada!  
Mis pechos que guardaban un vestigio  
de leche se han secado.  
Las columnas de mis muslos que se erguían  
en espera de tu fronda languidecen.  
Si pudiese inflamarme en la hoguera  
de tu cuerpo,  
desvanecerme entre el humo de tu pira,  
confundir mis cenizas con las tuyas.

Ya se acerca el carruaje.  
Ya la aurora incendia el horizonte,  
ya mis ojos sus lágrimas agotan.  
¡Oh Héctor!, qué sola me has dejado.

Otro personaje que me inquieta es el de Casandra,  
hija de Príamo y Hécuba y hermana de Héctor, de Paris



Ídolo femenino, Anatolia, 2700-2400 a.C.



Figura femenina, Cyclades, 2500-2400 a.C.

y de Polixena. El dios Apolo le otorgó el don de la profecía, mas, al ser rechazado como amante, éste modifica las condiciones de las dotes adivinatorias de Casandra. Ella sabe, pero sus palabras no pueden ser comprendidas. ¡Las palabras! Las palabras que nos distinguen del resto de los seres de la Tierra. Las palabras que trazan puentes de comunicación entre nosotros. La impotencia de las palabras que se emiten y que a ningún oído llegan.

En este caso, y aunque la personaje esté inscrita también en la Guerra de Troya y sea asignada, tras la derrota de su pueblo, precisamente al rey Agamenón, Casandra me ha llevado a extender su incapacidad para ser escuchada a circunstancias que rebasan el asunto bélico.

Porque, tal al menos ha sido mi caso, se suele suscitar un desaliento grande al percibir que las palabras no logran raspar la piel de la comprensión del otro. No se encuentra la manera de darse a entender, por mucho que se advierta del precipicio que está a punto de abrirse ante los pies. No, no hay forma de llevar las palabras hasta puerto seguro. Y ello, en lo público y en lo privado. Parecería que las palabras pierden su poder de comunicación, cuando con tanta claridad se despliega en la mirada hacia el futuro la ruina familiar, la ruina de la *polis*.

Casandra, con la maldición a cuestas, ve y alerta a quien está próximo a ella de lo avieso del porvenir. Jamás su voz es tomada en cuenta. Qué fácil descalificarla como loca para, luego, despeñarse en ese abismo del que ella adviniera. ¡Terrible derrota la de las palabras que se emiten al aire sin esperanza de ser recibidas!

Casandra encarna la restricción del lenguaje, que, por otra parte, quienes lo exploramos obsesivamente, bien la conocemos. Oral o escrita, la capacidad de transmisión de las palabras es siempre limitada. Aquella zona amplí-

sima que nos habita por dentro no podrá jamás ser dicha en plenitud. Es sólo que en Casandra no existe siquiera una débil esperanza para llegar a otros oídos. Sus palabras se vuelven completamente ininteligibles al abandonar el encierro de sus labios.

Y de nuevo pienso en las palabras que corresponden a asuntos de lo privado. Pero también en las que se inclinan a desentrañar el discurso de lo público, de los abusos gigantescos del poder. Palabras de pensadores como la misma Susan Sontag, o las de Edward Said, o las de Arundhati Roy, o las de tantos más que hurgan en sí mismos para hallar la palabra justa, la que diga más, sin que por ello se altere una hoja del árbol de la prepotencia de quienes son dueños de las potestades de la aniquilación. La liquidez de las palabras ponderadas de unos se estrella contra la roca del discurso y de las acciones de los otros que tantas veces, apoyados en los clisés más mendaces, logran excitar el odio de sus pueblos sin que medie la huella más insignificante de una justa reflexión.

Y nosotros, a la vera de Casandra, vemos cómo las palabras son alejadas por el viento mientras la desgracia pública o privada se deja caer con la fuerza de un cataclismo.

#### LAS VOCES DE CASANDRA

No esconde mi voz trinos de alondra,  
es la voz negra de los cuervos  
que la distancia otean.  
Cómo graznan estos pájaros inmundos  
al hedor de la muerte  
a ellos no debida, pero siempre  
a ellos revelada.  
Mi voz se desborda  
como vena que al tajo del cuchillo  
humedece el polvo hasta extenuarse  
sin por ello fecundar surcos de tierra.  
Soy Casandra, hija de Príamo,  
hermana de Héctor y de París  
y de otros cincuenta desdichados.  
Casandra, la que el aire hiere  
con su lengua,  
la que el peplo desgarrar con las uñas  
en inútil lamento.  
Casandra que anhela guarecer la vista  
de amenazas  
mientras grita los horrores de la muerte.

Ni todas las hebras de mi pelo,  
ahora en los dedos a puñados,  
velarían mi infortunio.  
Ni en Tróade los granos de arena  
de su costa  
vencerían en número a mis lágrimas.



Arpista, Cyclades, 2500 a.C.



Mi voz es venero que se pierde  
sin tocar el óseo laberinto.  
Carbón, la sangre que a pesar de la tortura no  
ilumina el discurso.  
¡Infeliz de mí!, condenada a pronunciarlo  
como ola que regresa hasta la margen  
y sus lenguas agónicas crepitan  
al deshacerse.  
Y en ese eterno movimiento  
se despeñan salmodias  
desde el agua en efímeros torreones.  
Pero el mar no está hecho de palabras.

Este oscuro mandato de los dioses desgarró  
mis ojos, mis oídos, sella mi boca  
no en el silencio, no.  
Mi lengua es áspid que se arrastra  
entre sonidos,  
incapaz de elegir el verbo  
o suspender la presencia nefasta  
de otro tiempo.  
Mi garganta es túbulo de un decir sin cauce  
y mi espíritu tiembla abrumado de voces  
que en la resequeidad amarga de la saliva,  
ciénaga de este conocimiento,  
se dilatan.

Habitación sibilante,  
cubil de zumbidos,  
el alma se vive huérfana del néctar.  
¡Ah Hécuba!,  
el augur destejió la trama de tu sueño  
y mientras crecía la urdimbre del engaño,  
el destino sellaste.  
Paris, ruina de toda nuestra stirpe.  
¡Ah Hécuba!, llorarás la muerte de tus hijos.  
Frente a la muralla, retén de mis clamores,  
llorarás, Hécuba, madre.

Derramaría metal hirviendo en mis oídos  
y con mis propias manos me arrancaría  
los ojos  
si así ahuyentara el horror de las visiones.  
Pero mi sino es ver y oír más allá de la mutilación  
o del suplicio  
mientras imploro cuidado a mis razones,  
a mí a quienes otros la razón niegan.  
La imagen quebrantada de los tiempos  
me escinde,  
abedul que el relámpago tortura  
de la raíz al murmullo aéreo de la fronda.

Quiero hablar de un último ser de papel: Odiseo,  
Ulises para los latinos. Su fama de constructor de ardid

lo eleva a un sitio de mérito. Odiseo es  
muy hábil y con sus tretas consigue lo  
que se propone. Debo confesar que a  
mí sus maneras no me son gratas. Es él  
quien exige el sacrificio de Ifigenia, por  
ejemplo. Sus palabras  
oportunas —contrarias  
en este caso a las de  
Casandra— logran su  
objetivo.

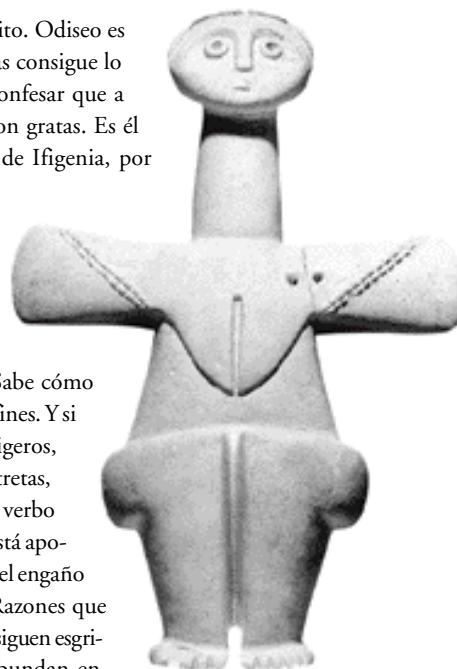
Odiseo sabe cómo  
manipular las palabras. Sabe cómo  
re t o rcerlas en bien de sus fines. Y si  
Aquiles es el de los pies ligeros,  
Odiseo será el de las mil tretas,  
y por ellas es exaltado. Su verbo  
en muchas ocasiones no está apo-  
yado en la verdad, sino en el engaño  
por razones de Estado. Razones que  
ahora, bien lo sabemos, se siguen esgri-  
miendo. Los ejemplos abundan en  
nuestro país, pero también han justifi-  
cado, por ejemplo, la cruel invasión y continua matanza  
de pueblos que se resisten a la imposición abusiva del  
Imperio.

Y si ahora se trata de un personaje masculino, será  
una mujer de carne y hueso, Condoleezza Rice, quien  
ejemplifique los peores rasgos del carácter viril con la  
manipulación de su discurso. Una muerte o miles de ellas  
no le alteran la dura firmeza de un decir tramposo. La  
verdad como absoluto no existe, pero la urdimbre de las  
palabras, así como el silencio ominoso que las sanciona  
otras veces, avalan la injusticia para con la indefensión  
de muchos pueblos. Extraña combinación la de las pala-  
bras y el silencio. Y si Odiseo se embelesa con el canto  
de las sirenas, la señora Rice lo hace con la música, es una  
buena pianista. En la música el silencio es tan impor-  
tante como el sonido, y todos vivimos entre los dos extre-  
mos. ¡La fuerza del silencio! ¡La fuerza engañosa de las  
palabras manipuladas para fines perversos tantas veces!

Odiseo representa la trampa que engaña sin recato,  
y yo, al asomarme a sus acciones, me duelo de ello pese  
a que se le trate como héroe en aquellos relatos. La con-  
dición humana produce personajes —ya no de papel—  
que abusan siempre de la necesidad de búsqueda de  
respuestas justas; pero con triste frecuencia la respuesta  
no es atravesada por sentimiento alguno de ética. La orga-  
nización del verbo suele llevar muchas veces en sus raíces  
ardides tan tramposos como los del afamado Odiseo.

#### PALABRAS DE ODISEO

Crepitan las cenizas moribundas  
sobre el doliente túbulo de Aquiles,



Diosa de la fertilidad, Chipre, 3000-2500 a.C.

# La poderosa reina Clitemnestra debe ser aniquilada sin piedad por sus otros hijos. Es la ley del padre...

y el fuego de la ciudad se apropia  
después de tantos años de batalla.  
Más años habrán de irse,  
más olas se estrellarán entre las breñas,  
más naufragios conocerá mi carne  
hasta que el hilo de mi vida se devaste  
en las playas de Ítaca.

Mi retorno será como el del mar  
que vuelve siempre hasta la orilla  
a extinguirse.  
El mar que en su furia no respeta  
los débiles maderos de los hombres,  
ruge y gime,  
pero también se deshace en balbuceo  
que repta por los curvos senderos  
del oído.  
Suave, obstinado, incide  
en la conciencia.  
Ahí a cubierto su voz crece,  
como crecen en mi alma los agónicos  
susurros de la pira.

¿Estaríamos celebrando la victoria  
con un mar en silencio?  
Las guerras no sólo se resuelven con las armas,  
las voces de los hombres cambian el curso  
de la historia.  
Obstinada como oleaje, mi voz ha sido  
sonoro bronce o murmullo tenaz  
que horada voluntades humanas y divinas.  
Las palabras nacen  
—fantástico canto de sirenas—  
y vuelan de mi boca  
para incrustarse en otro oído.  
Materia dúctil, tibia cera entre los labios,  
moldea razones y cambia horizontes.  
Y si la voz de Calcas al futuro invoca,  
la mía es sólida cuña del presente.

Astuta, mi lengua altera los designios.  
Ahí donde el metal zozobra,  
la vida de los hombres y los pueblos se afina  
en las palabras.  
No existe más verdad que la del verbo  
que ciega con más fuerza que la lumbre

y el universo se transforma  
allende la mirada.

En Áulide los vientos sosegados  
extendieron el velamen de las naves.  
A mí se debe  
que la sangre de Ifigenia fuera máquina  
e impulso en la partida.  
Y el rasgado bermellón del velo  
de sus fingidas bodas con Aquiles  
—simiente en la victoria aquea—  
se ayuntó al mar color de vino.  
Y así zarpamos.

Ahora otra virgen, Polixena, será llevada  
por mi mano y mi facundia  
al sacrificio.  
Mis palabras son más fuertes que la voz  
plañidera de las madres.  
La hija de Príamo cruzará el portal del Hades  
y Aquiles no irá solo en el viaje  
a las oscuras regiones de la noche.

La sangre ha teñido mar y suelos,  
la guerra se ha ganado.  
Justos son la ofrenda,  
el himeneo de púrpura  
y el inefable poder de las palabras.

No existe ahora un advino como Calcas que anunció el sacrificio de Ifigenia, ni tampoco el sueño profético de Hécuba, quien escondió entre pastores a su hijo Paris, a sabiendas de que el adivino le presagió, por el sueño, que Paris iba a ser la causa de la destrucción de Troya. El amor de una madre —Hécuba— que al no acatar el mandato trae la ruina de su casa. El amor de otra madre —Clitemnestra— que al ser contrariado llevará a la victoria guerrera.

¿Qué hay en estos tiempos nuestros? Una perspectiva global más abarcadora y una mirada gobernante tantas veces más reducida pese a la posibilidad de extenderla generosamente. Pero las razones del poder jamás serán generosas más que para con unos cuantos.

El vigor y la sabiduría humana de los mitos me han llevado a probar tocarlos de nuevo y compartir aquí su bárbara vigencia en esta época bárbara nuestra. **[U]**